

El hijo perdido

Marghanita Laski

www.elboomeran.com

colección notraslatitudes

El hijo perdido

Marghanita Laski

Traducción de
Blanca Gago

Nórdicalibros
2020

Título original: *Little boy lost*

© The Executors of E M Howard, 1949

© De la traducción: Isabel Hernández

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: febrero de 2019

ISBN: 978-84-18067-25-9

Depósito Legal: M-4909-2020

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Cofás

(Móstoles)



Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRIMERA PARTE

LA PÉRDIDA

CAPÍTULO 1

El día de Navidad de 1943, Hilary Wainwright se enteró de que su hijo estaba perdido.

Adornado con espumillón, reluciente de regalos, el árbol de Navidad brillaba en la oscuridad. En la punta de cada rama, las velitas rosadas temblaban y resplandecían, y a su leve luz Hilary observaba los rostros que lo rodeaban, los rostros de su madre, su hermana y sus sobrinos. Los ojos de los niños estaban ahora fascinados, la jovialidad estrepitosa de su hermana se había suavizado hasta la ternura, y en el brillo suave de las velas era posible imaginar que el rostro de su madre le ofrecía no la fría hostilidad que él debía corresponder con amargura, sino el consuelo y amor que había venido desesperadamente a buscar una vez más.

«¿Y mi rostro? —se preguntó—. ¿También me ha transformado este mágico resplandor? Si me miraran ahora, ¿verían no al extraño, detestado intelectual a quien deben despreciar temerosos, sino al alegre tío, amoroso hermano, solícito hijo?».

Las velitas se estaban consumiendo muy rápido. El resplandor se desvanecía y los niños se inclinaban hacia delante, impacientes por despojar al árbol de sus adornos. «Un día perdurará la ilusión —pensó Hilary—, el día en que John

por fin esté conmigo», y entre los dos niños ansiosos su imaginación insertó un tercero, la imagen de su propio hijo.

—¡Encended otra vez la luz! —ordenó la señora Wainwright.

La ilusión se había hecho añicos. Las velas titilantes se eclipsaron bajo la luz eléctrica en sus cuencos de alabastro rosado, y el árbol era ya un intruso entre las mesas de nogal y las pesadas sillas de terciopelo. Los niños discutían ahora sobre los regalos:

—Yo quería el juego número cuatro y el tío Hilary solo me ha dado el número dos —dijo Rodney enfurruñado, y Hilary, que había batallado entre las multitudes navideñas de las jugueterías mientras compraba pensando en otro niño, imaginó que John no habría sido tan grosero y, de nuevo, anheló con pasión al niño que nunca había conocido.

—Tengo que llevar a los niños a casa —dijo por fin Eileen—. Me ha gustado mucho volver a verte, Hilary. ¿Consigues encontrar algo de tiempo para escribir esa poesía tuya tan culta, con ese trabajo tan secreto? —Soltó una risotada ante su propio comentario mientras forcejeaba bajo su grueso abrigo de piel—. Venid aquí, bichos —llamó, y salió empujando a los niños por delante de ella.

—Son unos niños monísimos, ¿verdad? —dijo la señora Wainwright al regresar de la puerta de entrada—. Espero que hayas notado el gran cambio que han hecho. Al fin y al cabo, hacía siglos que no venías a vernos. —Y se calló bruscamente.

—¿De qué serviría? —respondió Hilary sombrío, y entonces él y su madre se miraron con consternación.

—Pensé que no íbamos a querer cenar mucho después de un té tan copioso —dijo ella apresuradamente—, así que le dije a Annie que nos dejara solo unos bocadillos.

Está todo preparado en el carrito, si puedes ir a por él y traerlo aquí. —Se sentaron en sendos sillones, uno a cada lado de la chimenea eléctrica, y mientras comían los bocadillos convinieron con cautela en que Hilary tenía mucha suerte de haber conseguido unos días de permiso por Navidad y en lo maravilloso que habría sido que George, el marido de Eileen, también estuviera destinado en Inglaterra.

Entonces, mientras el café se filtraba lentamente en la cafetera, la señora Wainwright tuvo la feliz idea de sacar el viejo álbum de fotos.

—Esta fue la primera fotografía que te hicimos —dijo—. Tenías solo tres semanas. —Y el recuerdo del inmenso amor que había podido darle en la infancia envolvió a ambos en una agradable nostalgia—. Esta de tu padre justo antes de casarnos es muy bonita —dijo ella, y ahí estaba el viejo doctor, milagrosamente reconocible en aquel joven entusiasta inclinado ante un reloj de sol, incapaz de predecir la muerte que iba a dejar a su mujer y su hijo encerrados en una amarga e incesante lucha.

—Oh, y aquí está la antigua casa —dijo Hilary acercando el álbum hacia sí, y entonces los rencores latentes empezaron a revolverse, la ira irracional porque su madre no desempeñó el papel que él le había asignado —el de viuda circunspecta en la casa de Queen Anne, junto a la catedral—, sino que eligió las partidas de *bridge* y los crispados cotilleos del barrio residencial londinense. Pero esa noche la señora Wainwright, en vez de corresponder a la instintiva hostilidad de su hijo con la suya propia, le quitó el álbum de las manos y empezó a pasar las páginas hacia atrás.

—¡Mira! —dijo—. ¿Te acuerdas de las vacaciones en Cliftonville? —Y allí estaba Hilary con cinco años, pantalones cortos grises impecables, pulcros zapatos marrones

y calcetines, gorra redonda de fieltro gris ladeada, anchos ojos risueños y alegre y confiada sonrisa. Su madre le echó una rápida mirada de soslayo y entonces murmuró:

—Me pregunto si el pequeño John se parecerá a ti.

—Sí, yo también —dijo Hilary, preguntándose con todo su corazón, y su madre aventuró vacilante:

—Espero que esta horrible guerra acabe pronto para que puedas ir a buscarlo y traerlo a casa.

Hilary consideró el momento. «¿Es posible que, después de todo —se preguntó—, haya sido un acierto venir? ¿Es posible que los años de malentendidos lleguen a borrarse y ella pueda darme, ahora y para siempre, el consuelo que tan desesperadamente necesito? Quizá si pudiera empezar a contarle cuánto deseo estar con mi hijo...», pensaba, y entonces oyeron el timbre de la puerta.

—¿Quién podrá ser? —preguntó irritada la señora Wainwright, y Hilary apuntó:

—Annie ha salido, ¿no? Ya voy yo. —Se levantó para dirigirse hacia la puerta principal.

El hombre que estaba allí parado era un extraño. Llevaba una gabardina desgastada bien ceñida en la cintura y una bufanda de punto apretada alrededor del cuello. Tendría más o menos la misma edad de Hilary y era, como él, alto y delgado, pero de tez blanca y brillantes ojos azules que parecían muy cansados.

Cuando Hilary abrió la puerta, el hombre hizo un rápido movimiento hacia delante como si fuera a meter el pie en el hueco de la puerta entreabierta, como si estuviera acostumbrado a forcejear para abrir puertas que, al verlo, volvían a cerrarse, pero Hilary, mientras percibía esa impresión, se dio cuenta al mismo tiempo de que aquellos que intentaban impedir el paso al hombre que tenía delante

estaban equivocados. Por ello, abrió la puerta principal de par en par y esperó.

—*Vous êtes Hilary Wainwright?* —preguntó el extraño y, ante la sorpresa de Hilary, siguió hablando rápidamente y en voz baja en francés—. Si está solo, ¿puedo entrar y hablar con usted? Es importante, de otro modo no me atrevería a importunarlo.

Pero ahora, a pesar de la instintiva simpatía que le inspiraba aquel extraño, Hilary debía ir con cautela. Su trabajo era verdaderamente secreto e importante.

—¿Podría decirme algo sobre el asunto que le trae aquí? Estoy de permiso, ¿sabe? —dijo.

El francés sonrió y la expresión vigilante de su rostro se relajó de manera asombrosa.

—El general X me dio su dirección. —Y mencionó el nombre del general de la brigada de Hilary para añadir—: ¿Se acuerda de Jeanne? Yo era su prometido.

Hilary empezó a temblar de un modo repentino, incontrolable. Hasta ese momento, y de forma irreflexiva, estaba convencido de que la llegada de aquel francés estaba relacionada de algún modo con su trabajo, y la mención del general le había confirmado su conjetura. Ahora, a pesar de que no existía ninguna credencial que pudiera dispensar su error de modo justificable, confiaba en aquel hombre.

—Pase —dijo, y oyó que su madre lo llamaba desde la antesala:

—Hilary, ¿quién es?

Dejó al desconocido en el recibidor y se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

—Es alguien de mi unidad que viene a verme por un asunto —dijo—. ¿Puedo llevarlo al comedor?

—Ay, hijo mío —dijo la señora Wainwright—, ¿no pueden dejarte tranquilo ni siquiera en Navidad? Bueno, supongo que sí, puedes usar el comedor. Está ordenado.

Cerró la puerta de la antesala y condujo al desconocido hasta el comedor.

—Quítese el abrigo —dijo—. Voy a por algo para beber. —Abrió el aparador y sacó una botella de cerveza y dos vasos.

El francés se quitó el abrigo y la bufanda y casi se dejó caer en el sillón que había en la cabecera de la mesa. Tenía la piel de la cara tensa de agotamiento y, conforme hablaban en francés, iba cerrando los ojos para luego abrirlos desmesuradamente, como si quisiera mantenerlos alerta hasta acabar la conversación.

—Será mejor que le diga, en primer lugar —empezó—, que solo dispongo de veinticuatro horas en Inglaterra, y se supone que nadie excepto la gente que he venido a ver sabe que estoy aquí. Por cierto, me llamo Pierre Verdier, aunque le ruego que lo olvide hasta que acabe la guerra. El hecho de que haya venido a verlo es intolerable, completamente contrario a la disciplina y a mi deber, pero cuando haya terminado entenderá por qué he ignorado todo eso para venir hasta aquí. Únicamente debo confiar en que no dirá a nadie que me ha visto en este momento. Su general lo sabe, pero solo él.

—Si es usted el prometido de Jeanne, supongo que en algún momento nos habremos conocido. Pero no lo recuerdo —dijo Hilary.

—No, no —replicó el francés—. Nos prometimos después de que empezara la guerra, y creo que después de eso usted y yo nunca estuvimos en París a la vez. Además, nunca fue un compromiso oficial. Pero después de la derrota de

Francia, aún pude ver a Jeanne en algunas ocasiones y, muy de vez en cuando, veía a su mujer.

Hizo una pausa y miró a Hilary, tenso e inquisitivo, pero Hilary estaba sentado en su silla muy rígido, mirando impasible hacia delante. Pierre Verdier buscó con torpeza las palabras para preguntar:

—¿Lo sabe? ¿No soy el primero en decírselo?

—Sé que Lisa está muerta. Recibí una carta del Ministerio de Exteriores —replicó Hilary con voz ronca.

Abrió la cartera, sacó una carta y se la tendió al hombre que tenía enfrente. Estaba dirigida a Hilary y decía, mediante rígidas fórmulas oficiales, que el Ministerio de Exteriores había sabido, por fuentes no especificadas, de la muerte de Lisa Wainwright a manos de la Gestapo en París en diciembre de 1942. Notificaban a su marido que no tenían más información disponible en ese momento, pero si se enteraban de algo más, volverían a escribir.

Pierre leyó la carta despacio y se la devolvió a Hilary.

—¿Volvieron a escribir? —preguntó.

—No exactamente —respondió Hilary—. Cuando recibí esta carta, les escribí para preguntarles si sabían algo del bebé, pero solo conseguí que me enviaran una breve nota diciendo que no sabían nada y que, de nuevo, si se enteraban de algo, me lo comunicarían. Desde entonces no ha habido nada, excepto... —Se interrumpió y tragó saliva para aliviar el dolor que sentía en la boca, que se le había quedado seca.

Pierre esperó.

—Recibí una carta de Lisa —dijo finalmente Hilary con gran dificultad—. Era la tercera vez que recibía noticias de ella desde que la dejé en París en 1940. Al poco de regresar a Inglaterra recibí una tarjeta postal de la Cruz

Roja con solo cinco palabras, pero supe que ella y el niño estaban bien. Entonces, unos tres meses después, en vez de recibir carta, vino a verme un hombre de la Real Fuerza Aérea. Me encontraba aquí con mi madre porque me habían disparado en la pierna al salir de Francia y la herida no cicatrizaba bien y no tenía ningún otro sitio adonde ir —Se sintió obligado a dar explicaciones, aunque no tuvieran sentido para un extranjero—. A este hombre de la Real Fuerza Aérea lo habían abatido en Francia y mientras «lo sacaban de allí», como él mismo dijo, pasó una noche en nuestro, en el piso de Lisa, y ella le pidió que viniera a verme. No era un hombre muy hablador, solo me dijo que ella no le había dado ninguna nota para mí por si lo pillaban, pero dijo que estaban bien. Poco después vi su nombre en una lista de heridos. Luego ya no volví a saber nada más. —Alzó la voz que había estado controlando cuidadosamente y exclamó con vehemencia—: Nada, nada en absoluto hasta que llegó esa carta del Ministerio de Exteriores.

—¿Y la última carta? —preguntó Pierre despacio—. ¿La carta de Lisa?

Sentado en la silla tapizada del comedor de su madre, Hilary recitó una vez más, para sí mismo, la última carta de Lisa.

«Querido Hilary», comenzaba. Estas palabras estaban en inglés. El resto de la carta estaba escrito en francés.

«Estoy segura de que esta carta va a llegarte, aunque sea la última cosa de la que esté segura. Ahora mismo creo que te he hecho algo terrible. Después de que nos dejaras en París, quizá debería haber pensado en mantenernos a

salvo para ti y nada más. Cuando me recuperé, podíamos haber conseguido llegar a la zona libre y quedarnos allí esperando tranquilamente, aunque creo que me habrían internado tanto por haber nacido en Polonia como por estar casada con un inglés. Nunca se sabe. En todo caso, me pareció en ese momento que debíamos esperarte en nuestra casa y, más tarde, que debía seguir haciendo el trabajo que había hecho hasta entonces. Sé que Ralph consiguió llegar bien y, por tanto, que te ha ido a ver y sabrás de qué trabajo se trata. Creía que debía hacerlo, no podía hacer otra cosa, y que los riesgos son riesgos que todos debemos estar preparados para correr si merecemos sobrevivir. Pero ahora encuentro que soy una cobarde y estoy aterrada por ti y por el bebé.

Aún es posible que todo vaya bien, pero nosotros no lo creemos. Creemos que nos han encontrado y que este es el final y, aun así, no puedo irme, no puedo escapar porque, si todo va bien, marcharme supondría admitir demasiado. He mandado a John con Jeanne. Ella no está implicada en este trabajo que estoy haciendo, y velará para mantenerlo a salvo hasta que acabe esta pesadilla y puedas venir a buscarlo.

Querido mío, intento escribir tranquila y decirte lo que debo, pero me invade una agonía que no puedo plasmar en el papel. Es la agonía de perderte para siempre. Hemos sido tan felices, podíamos volver a ser tan felices de nuevo... Doy una vuelta por la casa y veo a Binkie sentado en una cuna vacía, con una oreja rosada y peluda hacia arriba y otra oreja rosada y peluda hacia abajo, y me acuerdo de cómo lo ganaste y me lo regalaste en la feria de Carpentras, y ya solo escribirlo me duele demasiado. A lo largo de estos años, tendida en la cama, sola, he pensado muchas

veces en la granja de tu tío y en cómo viviríamos allí algún día, no solo con nuestro hijo, sino con los otros hijos que siempre quisimos tener, y yo sería la mujer del granjero, y tú escribirías tus poemas y envejeceríamos juntos.

Ya sabes lo que siento, lo que quiero decirte sobre nosotros. Pero nunca has conocido a nuestro hijo y no me atrevo a callarme en esto. Hilary, tienes que venir y salvar a nuestro bebé. En cuanto sea seguro, tienes que venir y buscar a Jeanne, enseñarle inglés y hacerlo hijo tuyo. Puedo soportarlo todo, incluso la idea de dejarte para siempre, pero no puedo soportar que nuestro hijo viva sin nosotros, sin el amor que solo nosotros podemos darle. Hilary, puedo aguantar cualquier cosa si mi bebé está a salvo.

L».

Hilary aflojó lentamente las manos y arrastró su mente de vuelta a la realidad de Pierre, que esperaba allí, con las manos aferradas a la mesa.

—¿Y la última carta? —estaba diciendo Pierre—. ¿La carta de Lisa?

—Llegó de un modo muy extraño —replicó Hilary—. Estaba en un sobre escrito con la letra de Lisa y sello inglés. La había mandado aquí y me la reenviaron a mi unidad. Fue un golpe terrible ver su letra con el sello inglés. Antes de abrirla, llegué a pensar que el Ministerio de Exteriores había cometido un espantoso error y estaba aquí, viva. Pero claro, al leerla lo comprendí.

—¿Cuándo la escribió? —preguntó Pierre.

—No le puso fecha —respondió Hilary, casi como si estuviera solo—. Debió de escribirla justo antes de que la

atraparan, y se la dio a alguien que sabía que iba a venir a Inglaterra. Decía que Jeanne se había quedado con el niño. —Levantó la vista e interrogó a Pierre con la mirada, en medio de una súbita tensión.

—Sí —asintió Pierre—, por eso estoy aquí. —Se detuvo un momento con los ojos cerrados. Luego los abrió y dijo casi despreocupadamente—: Antes le dije que mi deber me prohibía venir. También me prohíbe, por supuesto, decirle lo que tengo que decirle para aclarar las cosas, pero eso ahora no es importante.

»Ya sabe usted, por supuesto —prosiguió—, que Jeanne y Lisa eran amigas desde que iban juntas a la Sorbona, así que, naturalmente, vi a Lisa muchas veces desde que Jeanne y yo nos prometimos. Eso fue cuando ella estaba esperando el bebé y usted estaba fuera, en el frente. Es curioso que no llegáramos a conocernos entonces, pero nunca coincidimos en nuestros permisos.

—Pues ahora sí lo recuerdo —dijo Hilary despacio—. Recuerdo que un día Lisa me habló de Jeanne y de usted, pero fue solo un comentario y nunca más volví a pensar en ello.

—Poco después del armisticio —continuó Pierre—, Lisa entró a formar parte de una organización que ayudaba a escapar a los prisioneros de guerra británicos. Sé que Jeanne creía que se equivocaba, pero Lisa dijo que tenía que hacerlo y, en aquellos días, lo único que nos quedaba era hacer aquello que creíamos que debíamos hacer. Jeanne hacía algo diferente. —Se detuvo y entonces añadió con una risa triste—: Ya que estoy hablando tanto, debería contárselo todo. Jeanne colaboraba en un periódico clandestino.

—¿Y usted? —preguntó Hilary.

—Yo estaba escondido y aún lo estoy —dijo Pierre secamente—. Por razones de trabajo, a veces era necesario seguir viendo a Jeanne y, muy brevemente en algún café, a Lisa.

Hilary se dio cuenta de que a Pierre le resultaba extremadamente doloroso relatar este episodio, que lo único que quería era terminar, pero, aun así, lo interrumpió para preguntar:

—¿Cómo estaba?

—Estaba muy guapa —dijo Pierre con voz queda y sin fuerzas—, incluso más guapa que antes de nacer el bebé. Era tan pequeña y flaca que creo que todos temíamos por ella más que por cualquier otro, pero siempre parecía tranquila, serena y sin miedo. Para mí, pensar en ella siempre resulta un placer..., el cabello lacio y dorado, los ojos azules y las facciones tan bellas de su rostro.

—Gracias —dijo Hilary—. Perdone la interrupción. ¿Quiere continuar?

—La última vez que vi a Jeanne fue en su casa —prosiguió Pierre—, la tarde del mismo día en que la Gestapo se había llevado a Lisa. Su hijo dormía en la habitación. Jeanne lo había traído a casa dos días antes. Todos pensábamos que ella aún estaba a salvo, que la Gestapo solo había descubierto la organización de ayuda a los prisioneros.

Esta vez Hilary no pudo interrumpir para formular la pregunta que temblaba en el aire.

—Hablamos mucho esa noche —dijo Pierre con suavidad—. Aunque creíamos que aún estábamos seguros, cada encuentro podía ser una despedida para siempre, y a cada momento teníamos la sensación de que habíamos llegado al final. Jeanne hablaba de todo el trabajo que había hecho como si ya lo hubiera terminado. Dijo que creía que se

había equivocado, que todos nos habíamos equivocado en lo más profundo y fundamental. —Durante años hemos pensado en términos de grupos y movimientos —dijo—, nunca de individuos. Hemos aceptado el juicio de los grupos y hemos subordinado a ellos nuestra moral. —Y añadió—: Ahora sé que eso fue un error. Lo único bueno que podemos hacer, el único bien del que podemos estar seguros es nuestra propia bondad en cuanto que individuos, el bien que podemos hacer de forma individual. Como grupo, muchas veces hacemos el mal porque quizá así lleguemos al bien, y muchas veces el bien no llega y todo lo que queda es el mal que hemos hecho sin sentido alguno.

»Entenderá —prosiguió Pierre— que este era un punto de vista muy idealista y poco práctico en la Francia de entonces. Casi todo el trabajo que yo personalmente estaba haciendo era malo, según la definición de Jeanne —espionaje, destrucción y crimen—, y creía, como todos, que era correcto y necesario hacerlo no por sí mismo, claro está, sino porque el fin era bueno. Así que discutí con Jeanne, pero ella había cambiado por completo, casi podía decirse que había sufrido una conversión. Uno nunca puede estar seguro del final —me dijo—, solo de los medios, por eso hay que estar seguro de que los medios sean buenos. Uno nunca puede estar seguro de los motivos de nadie más que de los propios y de los de aquellos a quienes podemos examinar para asegurarnos de que son puros. Lo único que parece cierto es que cada uno de nosotros deberíamos hacer el bien que tenemos cerca, cuyo fin podemos ver, y así sabremos que hemos hecho algo positivo. —Entonces señaló con la cabeza hacia la habitación donde dormía el bebé—. Por eso —dijo—, lo que me parece ahora mismo más importante es proteger al bebé de Lisa y devolvérselo a su padre.

Si soy capaz de hacer eso, sé que habré hecho algo decididamente, absolutamente correcto.

—Entonces, ¿qué pasa con el periódico? —le pregunté, y respondió:

—El bebé es más importante. —Otra vez discutimos porque, para nuestro movimiento, el periódico era realmente muy importante, y ella dijo que conocía a mucha gente que había muerto por culpa del periódico y sabía que eso era malo. En cambio, sabía que mantener al niño con vida y seguro era bueno, y eso era lo que iba a hacer.

Pierre alzó la vista y miró a Hilary a los ojos.

—Me enfadé mucho con ella —dijo con voz sombría—. Le dije que había traicionado a Francia, que era una cobarde y una deshonra para todas las patriotas francesas. Nos peleamos acaloradamente y salí disparado del piso con la intención —ya sabe qué pasa cuando uno está enamorado— de volver a la noche siguiente y enmendarlo. Pero ya era demasiado tarde. Al día siguiente a mediodía la Gestapo fue a buscarla.

»La mataron, claro —dijo sin emoción—. Había estado metiéndome con ella y llamándola cobarde, pero prefirió morir torturada antes que soltar un solo nombre. Nos equivocamos al pensar que la Gestapo solo andaba detrás de la organización; todo acabó resultando una gran redada, de la que yo mismo solo logré escapar gracias a una serie de milagros.

—Pero ¿qué hay del niño? —consiguió lanzar Hilary en un susurro.

—Alcancé a ver a la portera de Jeanne la tarde siguiente, antes de tener que marcharme corriendo de París. Me dijo que *mademoiselle* había salido por la mañana, antes de que *ellos* llegaran. Se había llevado al niño con ella y había

vuelto sin él. Pensó que quizá *mademoiselle* lo había dejado con el cura que vivía en la esquina de la *rue du Vaisseau*. Le pregunté por qué habría hecho eso *mademoiselle* pero ella cerró el pico de golpe, dijo que seguramente se había equivocado y que, de todas maneras, no era asunto suyo. No tuve tiempo de investigar más. Tenía que salir muy rápido de París y, desde entonces, no he vuelto.

—Cuando estuvo en casa de Jeanne aquella noche —preguntó Hilary con suma cautela—, ¿vio al niño?

—No —respondió Pierre con tristeza—, no lo vi. Estaba dormido cuando llegué y, francamente, en lo único que pensaba era en ver a Jeanne. No, nunca he visto a ese niño.

—Yo solo lo vi una vez —dijo Hilary—, y fue el día después de que naciera.

Pierre permanecía sentado, exhausto y silencioso, y Hilary supo instintivamente que entre el relato de aquella historia y lo que fuera que hubiera venido a decir, necesitaba un descanso, un momento para quedarse sentado sin tener que hablar. Así que Hilary empezó a hablar consigo mismo para Pierre, que se mantenía en silencio con aparente indolencia. Le contó cómo justo antes de que empezara la guerra habían decidido que Lisa se quedara en el piso de Saint Cloud, mientras Hilary se marchaba a Inglaterra para alistarse.

—Todos pensábamos que los británicos lucharían en Francia —dijo, y estaba bastante seguro de que lo enviarían de vuelta enseguida, con su excelente francés, como oficial de enlace de algún batallón francés estacionado cerca de Sedan, y sería capaz de agenciarse los suficientes permisos a París como para tolerar la duración de aquella impostada guerra. Ambos se pusieron muy contentos al descubrir que esperaban un bebé para junio.

—Por la manera en que todos hablan ahora —dijo Hilary—, creo que nosotros éramos los únicos en Europa que no sabíamos lo que iba a suceder.

Poco después del avance, el batallón al que habían agregado a Hilary se encontraba roto y desintegrado. El camino hacia el ejército británico por el norte permanecía cerrado. La única vía de escape práctica era por el suroeste. Hilary decidió huir corriendo a París en primer lugar. Llegó un día antes que los alemanes, el día siguiente de nacer su hijo.

Lisa estaba tendida en la cama de matrimonio, muy pálida y muy débil. Había sido un parto inesperadamente complicado, dijo Jeanne, que estaba allí cuidándola, pero es que Lisa era tan pequeña... El doctor había querido llevarla al hospital, pero ella se había negado por si Hilary aparecía. Y ahora él había llegado y estaba sentado junto a ella en la cama, tomándole la mano y contemplando las largas y leves lágrimas que le corrían lentamente por las mejillas.

—Tienes que irte —había apremiado Jeanne—. Van a entrar los alemanes. Tienes que irte ahora que aún estás a tiempo. —Desesperado, Hilary había gritado que tenían que envolver a Lisa en una manta, encontrar un coche y sacarla de allí para llevarla a Inglaterra, a un sitio seguro.

Pero Jeanne había dicho que eso era imposible y el doctor, que entró en ese momento, la había respaldado. —*Madame* sufriría, sin duda alguna, una seria hemorragia —había objetado—. No, *monsieur*, es mejor que se vaya. Después de todo, va a ser por poco tiempo. No me cabe la menor duda de que el general Weygand resistirá en el Loira, y usted y *madame* se reunirán muy muy pronto.

Así que se había dejado convencer y se había marchado. Al echar un vistazo a la estancia, reparó sorprendido en

Binkie, el perro de peluche con ojos de abalorios, que estaba apartado de su lugar de siempre, en la repisa de la chimenea, y aparecía ahora colocado en la extraña cuna de mimbre a los pies de la cama grande. Había levantado vacilante una esquina de la manta rosa.

—En Francia el rosa es para los niños. —le había explicado Lisa—, y el azul para las niñas, el color del manto de la Virgen María. Nuestro bebé va a ser un niño—Y él había visto, casi sin darse cuenta, al bebé de pelo negro y cara roja envuelto en una mantilla. Había besado los ojos azul profundo corridos de lágrimas de Lisa y se había marchado.

—Así que ya lo ve —dijo—. Solo vi al bebé una vez.

Pierre se estaba recuperando lentamente de su lasitud. Volvía a levantar la cabeza y tenía los ojos muy abiertos y sorprendentemente brillantes, como si estuviera acumulando energía sin cesar mientras se preparaba para el colofón de todo aquello que había venido a decir, el verdadero propósito de su visita.

—Quiero que me permita encontrar a su hijo —anunció.

—¿Cómo? —preguntó Hilary, pero no fue más que una pregunta instintiva y Pierre no la respondió. Ya estaba hablando entusiasmado.

—Sabe tan bien como yo que la única esperanza de futuro que nos queda pasa por que abran el segundo frente y, si todo sale bien, poco después Francia volverá a ser libre —dijo—. Cuando eso ocurra, regresaré a París; hasta entonces, no tengo otra cosa que hacer. Usted ahora tiene

su trabajo, que tal vez en algún momento lo lleve a Francia... —Hizo una pausa interrogativa y Hilary sacudió la cabeza. No había ningún motivo por el que su trabajo fuera a sacarlo de su barracón hasta el fin de la guerra.

—Decididamente, no tengo previsto ningún viaje a Francia —dijo, y Pierre prosiguió impaciente:

—Bueno, incluso si lo tuviera, no podría estar tan bien situado como yo para indagar en el asunto. Una vez que Francia quede liberada, la gente tendrá sentimientos encontrados y usted, aunque ha vivido en Francia, es extranjero. Puede que incluso lo confundan a propósito; nuestra gente se ha habituado a hacer ese tipo de cosas en los últimos años. Pero yo estoy acostumbrado a hacer preguntas y a saber, o averiguar, si las respuestas son correctas. Si alguien puede encontrar a su hijo, ese soy yo. —Se detuvo y se inclinó hacia delante para dirigir a Hilary una intensa mirada de súplica.

Solo entonces Hilary se dio cuenta de que su hijo estaba perdido. Desde la muerte de Lisa, había soñado incesantemente que algún día sería feliz con un hijo que no era todavía una persona imaginada, sino un símbolo superviviente del amor que Lisa y él se habían profesado. Pero no había habido necesidad de abrir su corazón a ese niño simbólico, inalcanzable y seguro en Francia; su profunda e implacable angustia podía ser toda para Lisa.

Pero ahora ese francés venía a decirle que no solo había perdido a Lisa, sino también a su hijo, un hijo real, y que debía prolongar indefinidamente su pena y su agonía, y aplazar indefinidamente la felicidad y la comodidad. Descubrió con horror que albergaba un profundo deseo de ahorrarse esta nueva fase de dolor y se sorprendió pensando: «Si el niño se ha perdido, dejemos que sea ese el final».